

El filósofo y la seducción del poder: más en torno al «caso Heidegger»

En nuestro filosofar somos, por tanto, funcionarios de la humanidad.

Husserl, *Krisis*.

Husserl, cuya palabra sirve de epígrafe a este trabajo, muestra con claridad cómo la filosofía, en cuanto nacida de la decisión de fundamentar de modo racional todos y cada uno de nuestros actos, se origina «a partir de unos pocos tipos extraños que habitaban en Grecia»¹, cuya singular actitud motiva una entera transformación de la existencia y la cultura, primero dentro de los estrechos límites de la propia comunidad, irradiándose luego a las naciones vecinas más cercanas. Pues, en efecto, más allá de diferencias de escuelas y de métodos, la filosofía instauro «la idea de una humanidad, que, desde entonces, simplemente quiere vivir y puede vivir en la libre configuración de su existencia, de su vida histórica, a partir de ideas de la razón, a partir de tareas infinitas».

De todos modos, esta irrupción de la antinatural actitud filosófica —contraria a la natural inclinación a aceptar sin crítica los usos, creencias, saberes y normas transmitidos— más de una vez ha causado grandes conflictos (de lo que bien pudo dar fe su precursor, Sócrates) y no pocas veces ha sido absorbida o confundida con otras esferas de la cultura, como lo muestran los conocidos reduccionismos teológicos, positivistas, psicologistas, etc. Ha sido más extraña, sin embargo, la confusión de la actividad teórica con la acción política; es decir, la trasmutación de la prudente afirmación de Husserl: «Somos funcionarios de la humanidad», en la soberbia consigna: «El filósofo en cuanto tal establece los modelos del orden que ha de regir la coexistencia social y política de la ciudad, y los pone en práctica».

¹ Husserl, *Die Krisis der europäischen Wissenschaften...* Hua VI. Den Haag: Nijhoff, 1962. p. 319; cfr. p. 336.

Platón: el mito del rey filósofo²

Sin duda fue Platón quien inauguró la serie de confusiones entre saber teórico y acción política, al proponer la figura del *rey filósofo* en *La República*. Allí, al esbozar las líneas generales de un Estado justo, cuyo último fundamento es la Idea del Bien, también expone su confianza en la posibilidad de realizar ese paradigma; para ello hay que convenir quién ha de regir ese Estado justo. La respuesta no es muy enigmática: sólo quien sea capaz de abarcar intelectualmente la entera Idea del Estado, incluyendo por tanto sus bases más radicales —las Ideas de la Justicia y del Bien— será también capaz de conducir la marcha de la comunidad política. Ahora bien, es el filósofo el que dispone de esa visión totalizadora; es él, por ende, quien debe también regir el Estado; así, pues, lo deseable es «la unión, en una misma persona, del poder político y la filosofía» (*Rep.* 473 d).

La conclusión aludida, dice dentro del contexto general:

En tanto que los filósofos no reinen en las ciudades, o en tanto que los que ahora se llaman reyes o soberanos no sean verdadera y seriamente filósofos, es decir, mientras no se dé la unión, en una misma persona, del poder político y la filosofía, de modo que se cierre violentamente el paso a quienes se dedican con exclusividad ya sea a la una o a la otra [filosofía o política], no habrá fin para los males de los Estados, ni tampoco para los del género humano; y esa organización política cuyo plan hemos expuesto en palabras [en este libro] nunca llegará a existir realmente, hasta donde ello es posible, ni verá jamás la luz del sol. (*Rep.* 473 c-d).

Pero ni aún esta apresurada reseña de tales ideas platónicas puede dejar de subrayar el hecho de que, de todos modos, la propia actitud filosófica, vivida con seriedad y autenticidad —como reclama el mismo Platón— aminora los riesgos de la aventura propuesta del rey filósofo. En efecto, someterse a la disciplina del filosofar significa ya admitir *un límite del poder arbitrario*: implica reconocer la *primacía de lo objetivo* que escapa al capricho del soberano y determina sus convicciones y acciones *qua* filósofo y también, por añadidura, *qua* soberano. La famosa alegoría de la caverna —expuesta en la misma obra— sugiere efectivamente ese arduo camino del filosofar: desde las tinieblas y el engaño de las creencias admitidas sin crítica, hasta la luz del sol, la contemplación de la *Idea del Bien*, «que se percibe con dificultad en los últimos límites del mundo inteligible, pero que no podemos percibir sin llegar a la conclusión de que es la causa universal de cuanto existe de recto y de bueno..., y que, por tanto, debemos tener fijos los ojos en ella para conducirnos sabiamente, tanto en la vida privada como en la pública» (*Rep.* 517 b-c)³.

Más aún: Sócrates hace observar a su interlocutor Glaucón, que habría que obligar a quienes se han liberado de los engaños del mundo de las sombras y han llegado a la contemplación, a que descendan otra vez a ocuparse de los asuntos políticos entre los demás «prisioneros», para contribuir precisamente a su liberación. De tal modo, aquellos a quienes el Estado ha cultivado como «jefes y reyes, como en las

² El marco de este trabajo está dado por el nuevo libro de Danilo Cruz Vélez, *El mito del rey filósofo, Platón, Marx, Heidegger*. Bogotá: Planeta 1989. No está de más recordar que Danilo Cruz Vélez es autor de uno de los mejores libros, a mi juicio, escrito en Hispanoamérica, sobre el tema Heidegger: *Filosofía sin supuestos*. De Husserl a Heidegger. Buenos Aires: Sudamericana, 1970.

³ Cfr. *El mito del rey filósofo*, pp. 133.

colmenas», se han vuelto «capaces de unir la filosofía a la política»; a ellos hay que exhortarlos: «Debéis descender por turno a la morada de vuestros conciudadanos y acostumbrar vuestros ojos a las tinieblas que allí reinan; una vez que os hayáis familiarizado nuevamente con la oscuridad, veréis en ella mil veces mejor que sus moradores, y reconoceréis la naturaleza de cada imagen y del objeto que representa, porque habréis contemplado ya lo bello, lo justo, y lo bueno en sí. De tal modo, la organización de la ciudad será para vosotros y para nosotros una realidad y no un sueño, como ocurre en la mayoría de las demás ciudades cuyos jefes luchan entre sí por sombras vanas y se disputan encarnizadamente la autoridad como si fuese un gran bien» (*Rep.* 520 c-d).

Así, pues, el largo rodeo del pensamiento disciplina y delimita la acción del gobernante de acuerdo con la Justicia, que es objetiva; y por ello funda las leyes y las normas del rey filósofo, quien a su vez puede exigir su cumplimiento incondicional a todos los miembros de la comunidad. El gobernante no es entonces un dios caprichoso y arbitrario; ha aprendido que el poder ya no puede basarse en la mera fuerza, sino que, por el contrario, debe *legitimarse racionalmente*, como todas las acciones que merecen ser llamadas *justas y buenas*.

Por eso Husserl aludía a la instauración del *telos* de una humanidad autorresponsable; porque la actividad de filosofar consiste en definitiva en responder con la razón, en la responsabilidad por nuestro ser individual y «la responsabilidad por el verdadero ser de la humanidad, el cual sólo podrá llegar a su realización mediante la filosofía, mediante nosotros, si somos filósofos en serio»⁴.

Marx: la revolución

Las pistas que examina Danilo Cruz Vélez y que aquí simplemente recapitulamos como guías, sin ánimo de exponer exhaustivamente sus ideas, llevan luego a examinar la repercusión del mito del rey filósofo en el joven Marx. Aquí solamente resumimos este punto con el objeto de destacar la mutación de esa idea desde Platón hasta Marx, y de mostrar luego su total negación (incluida la negación de la misma filosofía) implícita en escritos y actitudes de Heidegger en su época de compromiso con el régimen nacionalsocialista, como se verá en los siguientes apartados.

En el joven Marx aparece transformada la figura del rey filósofo. Ello —según Marx— sólo produce *ficciones* (entre ellas: el mismo Estado) para ocultar los aspectos negativos de las relaciones sociales, económicas y políticas existentes en determinado momento histórico. Así, pues, el Estado, lejos de ser el ámbito ideal de la convivencia humana, es más bien un instrumento de dominación y de perpetuación de la injusticia. Debe ser destruido para ganar una sociedad justa, sin clases y sin propiedad privada.

En esta nueva concepción de las relaciones humanas, el filósofo asume el papel de precursor de la revolución, en la medida en que ejerce su actividad crítica. En

⁴ Krisis, p. 15. Cfr. Mario A. Presas, «Acerca del programa de la fenomenología», *Revista Latinoamericana de Filosofía*, Bs. As., X/3 (nov. 1984), pp. 155 ss.

sus escritos juveniles Marx sostiene que «la crítica compara la realidad con la Idea»; y es esta «búsqueda de lo Ideal en lo real» —según otra formulación del mismo Marx en la «Carta al padre»— «el preludio de la destrucción de la sociedad injusta e irracional. Después de este preludio debía venir otra clase de crítica, cuya destrucción no sería teórica, sino real: la «crítica de las armas», como dirá poco tiempo después en su trabajo sobre la *Filosofía del Derecho* de Hegel⁵.

Mediante la filosofía ya no se busca —como aún sostenía Platón— promover el cambio de las instituciones políticas vigentes y construir un Estado ideal; por el contrario, se busca destruir el Estado mismo, entendido ahora como inesencial al hombre, como «la forma mediante la cual los individuos de una clase dominante hacen valer sus intereses comunes y la sociedad burguesa se mantiene unida»⁶. La crítica descubre las construcciones ideológicas que disfrazan esa injusticia básica, y aún la filosofía misma es vista ahora como sucedáneo de otra ideología, la religión. En consecuencia, cuando se imponga la nueva sociedad desaparecerá el filósofo —y por tanto el mito del rey filósofo—. Ya no habrá una «clase» de guardianes filósofos, ni un Estado que regir... Pero aún esta utopía del joven Marx mantiene vigente, por algún tiempo, la idea tradicional de la filosofía como crítica de lo establecido; precisamente en esta figura del filósofo como especie a punto de extinguirse —según cree Cruz Vélez— «reaparece el mito platónico del rey filósofo gozando de cabal salud. Porque aquí el filósofo no tiene otra tarea que la de luchar por la justicia y la felicidad de los hombres en la *polis*, en vista de lo cual construye una ficción de una comunidad ideal, tan quimérica y utópica como el Estado de Platón. (...) La utopía del joven Marx es un eco del mito del rey filósofo, si lo consideramos como el símbolo de la arraigada convicción de los filósofos de que ellos son los encargados de establecer los modelos para organizar del mejor modo posible la coexistencia de los hombres dentro de la *polis*».⁷

⁵ Cit. por D. Cruz Vélez, El mito del rey filósofo, p. 208.

⁶ La ideología alemana, cit. ibid. anterior, p. 211.

⁷ El mito del rey filósofo, p. 217.

⁸ Epistolario Croce-Vossler. 1899-1949. Prólogo de G. Marone. Buenos Aires: Kraft, 1956. Traigo a colación este epistolario —que circulaba ya en la década del cincuenta en Buenos Aires— pues allí se ve cómo ya en 1933 muchos intelectuales estaban al tanto de lo que en verdad sucedía en Alemania. No era pues necesario esperar a las últimas revelaciones para estar informado acerca de la actitud de Heidegger en esa época.

Heidegger: La fascinación del poder

...he leído por completo el discurso inaugural de Heidegger, que es un cosa estúpida y al mismo tiempo servil. No me sorprende el éxito que tendrá por algún tiempo su filosofar: lo vacío y genérico siempre tiene éxito; pero no genera nada. También creo que en política, él no puede tener eficacia alguna: pero deshonra a la filosofía, y este es un mal también para la política, al menos para la futura. Carta de Croce a Vossler. 9/11/1933.⁸

En Heidegger nos encontramos con una curiosa *conversión* que da lugar a una nueva confusión de filosofía y política —y al desprecio final de la filosofía en aras de la política—: es algo así como si un Zaratustra bajara de pronto «inspirado» de su sereno refugio en las alturas de Todtnauberg, se comprometiera inequívocamente con un régimen a todas luces nefasto, y al cabo de unos meses volviera a sus meditaciones sobre el ser... guardando un obstinado silencio sobre esta ráfaga de inspiración en

los siguientes años —¡casi medio siglo!—. Quizás esta imagen obsesionó también a su gran amigo Karl Jaspers, quien desde entonces esperó «aclarar la existencia» de ambos en una comunicación sin condicionamientos, y esperó en vano: «Así como Zeus lanza sus rayos desde las nubes, así también Heidegger emite sus sentencias autoritarias. Pero sólo es humo y fuego de artificios»⁹

A diferencia de los «casos» anteriores —Platón, Marx— no hay en el «caso» Heidegger antecedentes que hicieran sospechar esa irrupción en la vida política; aún sus más cercanos amigos —como Jaspers, con quien compartía un filosofar similar y un asiduo trato de más de diez años— desconocían por completo hasta fines de marzo de 1933 que Heidegger tuviera la más mínima inquietud política; menos aún que simpatizara con el naciente «movimiento». Ni antes, por tanto, ni después de 1933, hay referencias a la vida política; por eso intriga tanto este hecho en la vida del pensador.

Danilo Cruz Vélez apunta en cierto modo a desconectar la filosofía publicada hasta ese entonces por Heidegger —*Sein und Zeit, Kant und das Problem der Metaphysik*, etc.— de su extraño compromiso político. Pero, con esa estrategia se enfrenta —comenta Ezequiel de Olaso¹⁰— a un dilema: «Si la filosofía de Heidegger ya contenía primicias del nacionalsocialismo, entonces no habría oportunismo alguno en el compromiso político de Heidegger, sino una coherencia innegable entre la filosofía y su conducta (independientemente de que la coherencia no es por sí sola una condición suficiente para la moralidad). En cambio, si la filosofía de Heidegger (anterior a 1933) nada tenía que ver con el nacionalsocialismo, entonces resulta inevitable concluir que su compromiso político con él fue puramente oportunista».

Tanto Croce, en Italia, como Jaspers, en la cercana Heidelberg, parecen haberlo visto precisamente como un oportunista, o quizá como un poseso. El primero sostiene haber previsto lo que iba a suceder; y se basa en su experiencia con su compatriota Gentile, con la salvedad de que «quizá Heidegger no sabrá atender a lo práctico con su filosofía pura, como Gentile ha hecho con el acto puro. En esta política práctica el italiano es siempre superior con mucho al alemán: es menos ingenuo», escribe a Vossler el 10 de agosto de 1933¹¹. Jaspers describe la conmoción que le produjeron la actitud y las palabras con que Heidegger «des-veló» por vez primera ante el amigo su simpatía por Hitler y por el «movimiento»: parecía un hombre embriagado (*Rausch*), veía como algo «irresistible», «sublime» (*Hinreissendes*) al hombre carismático en el poder —«¡las manos de Hitler!»—, como aún veremos¹².

Los hechos que desencadenó esa embriaguez son harto conocidos: su afiliación al partido poco antes de asumir el rectorado de la Universidad de Freiburg; la tolerancia, como Rector, de disposiciones incompatibles con la dignidad académica, etc. Por eso podía celebrar un pasquín partidario: «Por primera vez en el acto de posesión de un Rector pudieron desplegarse libremente las banderas de combate de Adolf Hitler y las camisas pardas dieron a la escena un nuevo carácter». El nuevo Rector dispuso: «Los estudiantes, al comenzar las horas de clase, saludarán poniéndose de

⁹ Karl Jaspers, Notizen zu Martin Heidegger. Hrsg. v. Hans Saner. München Zurich: Piper, 1978, p. 92.

¹⁰ Ezequiel de Olaso, «Una vindicación de Heidegger», ABC, Madrid, 24/2/1990.

¹¹ Epistolario Croce-Vossler, p. 271. Vossler comenta, en su carta del 25/8/1933 que «Heidegger y junto con él Karl Schmitt, autor de libros de derecho público y político, discípulo hasta cierto punto de Georges Sorel, se van revelando como los desastres intelectuales de la nueva Alemania». Croce, responde el 30 del mismo mes, concluyendo que «Alemania se va idiotizando con Heidegger», pp. 272 s.

¹² Cfr. Jaspers, Notizen zu Martin Heidegger, p. 233. Ver también Mario A. Prezas, «Jaspers contra Heidegger», Criterio, Bs. As., LIII/1838 (26/7/1980), pp. 357 ss.

¹³ Cfr. El mito del rey filósofo, p. 235. Refiriéndose a esta misma situación, Husserl escribía a Ingarden, el 11/10/1933: «¿Podrá usted comprender por qué yo me he llamado a silencio? El destino de los no-arios en el Tercer Reich —su tragedia íntima y exterior— no requiere explicación como causa de mi silencio. (...) Ahora Heidegger se ha convertido en rector nacionalsocialista en Freiburg (de acuerdo con el principio del Führer) y al mismo tiempo dirige desde allí la reforma de las universidades en el nuevo Reich. La vieja universidad alemana ya no existe; de ahora en más su sentido es ser universidad «política». Briefe an Roman Ingarden. Hrsg. v. R. Ingarden. Den Haag: Nijhoff, 1968, p. 83.

¹⁴ A este discurso, «Die Selbstbehauptung der deutschen Universität (Breslau: Korn, 1933), se refiere Croce en la carta que sirve de epígrafe al apartado anterior del presente trabajo.

¹⁵ La entrevista concedida por Heidegger a Rudolf Augstein y Georg Wolff, de la revista *Der Spiegel*, había tenido lugar el mes de septiembre de 1966; pero no se publicó hasta el 31 de mayo de 1976, en el N° 23, cumpliendo así el requisito de publicarla luego de la muerte del filósofo... que había fallecido apenas unos días antes de esta edición de *Der Spiegel*. La entrevista fue titulada «Sólo un dios puede todavía salvarnos», según una frase dicha en ella por el filósofo. Heidegger justificó su negativa a autorizar la publicación mientras él viviera, con estas pala-

pie y levantando el brazo derecho. Los profesores, por su parte, saludarán desde la cátedra en la misma forma»¹³.

La universidad y el partido nacionalsocialista

El discurso rectoral del filósofo Heidegger¹⁴ versó sobre «La autoafirmación de la universidad alemana»; no escasean en él términos de su propia filosofía, pero teñidos ahora por una rara proximidad a la jerga propia de Hitler y de la propaganda del «movimiento». De todos modos, Heidegger insiste aún en un escrito justificatorio de 1945 y en la entrevista que concedió a la revista alemana *Der Spiegel*¹⁵ —con la expresa condición de que no fuera publicada hasta después de su muerte—, que en ese discurso se resumía su decidida apuesta por salvar a la universidad de las garras del Estado. A pesar de estas afirmaciones en contrario, la lectura de ese discurso rectoral da la impresión de que oficialmente se expresa la voluntad de poner a la universidad al servicio del Estado —o, peor aún, del «partido»—. Envuelta en una retórica bastante oscura, con referencias a la misión de los profesores, al saber, a la unidad de «servicios» de los estudiantes (servicio del saber, servicio militar y servicio del trabajo) y tras una aparente fundamentación filosófica de la libre vida académica, asoma más bien la consolidación de un programa de movilización de todas las fuerzas de la nación, tal como lo proponía el nacionalsocialismo. Al final, desembozadamente, aparece la exaltación precisamente de la «revolución nacionalsocialista», en una tramposa traducción de un pasaje de *La República*. Las palabras de Platón aluden aquí a las dificultades que trae consigo precisamente la gran tarea de educar a los filósofos, a los futuros reyes; en una versión corriente rezan: «Todas las cosas importantes son peligrosas» (*Rep.* 497 d). Heidegger apunta a despertar asociaciones con la electrizada atmósfera de esa peligrosa y nueva edad heroica que inauguraba el «movimiento», y traduce: «Todo lo grande se encuentra en medio de la tormenta»¹⁶.

Hitler es la ley

Jaspers, en sus anotaciones para el futuro diálogo con el amigo, abreviadamente consigna que el lenguaje de los discursos de Heidegger durante esos meses, aunque similar al de su filosofía, se ve «confrontado con la realidad»; y entonces «se muestra como hueco, como recordando desde una lejanía a Hitler; haciendo suyos giros de Hitler; reproduciendo así, en esa línea, una constante falsedad»¹⁷.

Jaspers quedó estupefacto al asistir a la conferencia que el flamante Rector Heidegger vino a pronunciar en la Universidad de Heidelberg, donde sostuvo: «Ahora tenemos el nuevo Reich y una universidad que debe recibir su misión y sus tareas de la voluntad de existir del Reich». En este nuevo contexto histórico, el estudio —sigue

pontificando el señor rector— «debe convertirse nuevamente en una aventura peligrosa y dejar de ser refugio de cobardes, (...) hay que ponerse al servicio de la patria con las fuerzas que va a crear Hitler, Canciller del pueblo alemán».

El documento de la ruptura total de la filosofía política —en nuestro contexto: del mito del rey filósofo— es una breve alocución dirigida a «Estudiantes alemanes», publicada en un diario estudiantil de Freiburg el 3 de noviembre de 1933, que dice entre otras cosas:

La revolución nacionalsocialista trae consigo la total transformación de nuestra existencia (*Dasein*) alemana. (...) Ya no podéis seguir siendo tan sólo «oyentes». Estáis obligados a participar en el saber y en el obrar para la creación de la futura casa de estudios superiores del espíritu alemán.

Cada uno de vosotros debe ante todo probar sus dones y sus preferencias. (...)

Que cotidianamente y en el futuro se confirme la fidelidad de la voluntad de seguimiento. (...)

Que ininterrumpidamente crezca en vosotros el valor para ser ofrenda de la salvación de la esencia y de la elevación de la más íntima fuerza de nuestro pueblo en un Estado.

Que las reglas de vuestro ser no sean principios ni «ideas». El *Führer* mismo, y únicamente él, es la actual y futura realidad alemana y su ley. (...)

Heil Hitler! Martin Heidegger. Rektor.¹⁸

En esta inequívoca proclama, el filósofo y rector Heidegger traiciona de un modo total la esencia de la filosofía como intento de fundamentar racionalmente el conocimiento, la acción, la entera existencia del hombre; peor aún: aconseja a los jóvenes no preocuparse por buscar dichas normas, dado que ahora *uno* ya no tiene que hacerlo: hay ahora *un hombre que encarna el destino* y se hace cargo de la responsabilidad de *uno*. El *Führer* reemplaza al rey filósofo; pero con el agravante de que no reconoce por encima de sí norma, valor ni objetividad alguna, de suerte que Hitler aparece —tanto en la vida de Alemania como las ideas que en ese entonces expresa Heidegger— «como una forma de lo Absoluto, pues no admite ninguna instancia sobre sí, ni siquiera los dioses o el Dios que admiten los reyes»¹⁹

La salvación o el peligro

Como habíamos dicho, al dictar su conferencia en la Universidad de Heidelberg, el flamante Rector de Freiburg volvió a encontrarse en aquella ciudad, como tantas veces anteriormente, con su amigo y colega Karl Jaspers. Éste se sorprendió mucho —ya dos meses antes de esta última visita— porque Heidegger, que le había traído de regalo discos de música gregoriana, que habían estado escuchando, aludió de pronto al incontenible avance del nacionalsocialismo (estamos en marzo de 1933) y concluyó abruptamente, abandonando inclusive la ciudad antes de lo previsto: «Man muss sich einschalten». «Yo —comenta Jaspers— me asombré; y no pregunté nada»²⁰.

Discretamente Jaspers inclusive omitió esta dolorosa y enigmática *Kehre* de su amigo en la primera edición de su *Autobiografía filosófica*, escrita a fines de la década

bras: «No se trata de orgullo ni de testarudez, sino únicamente del cuidado (Sorge, preocupación) por mi trabajo. Cuya tarea ha llegado a ser con los años cada vez más simple; lo que, en el campo del pensar, significa, cada vez más pesada, más difícil», Der Spiegel, ed. cit., p. 3. La entrevista ocupa las pp. 193 a 219.

¹⁶ Jaspers alude a esta «arbitraria traducción», a esos «gestos patéticos y carentes de verdad» en Notizen zu M. Heidegger, p. 45. Cruz Vélez, El mito del rey filósofo, p. 254.

¹⁷ Karl Jaspers, Notizen zu M. Heidegger, p. 236; Cruz Vélez, El mito del rey filósofo, p. 257.

¹⁸ Der Spiegel, Hamburg n.º 23 (31/5/1976), p. 198. Cfr. Cruz Vélez, cit. p. 257.

¹⁹ El mito del rey filósofo, p. 259.

²⁰ Karl Jaspers, Philosophische Autobiographie, Erweiterte Neuauflage mit dem Kap. Über Heidegger. München: Piper, 1977, p. 100. En un lenguaje coloquial, la frase de Heidegger significa «hay que meterse», «hay que intervenir», «hay que conectarse», etc. Por la reacción del propio Jaspers y por el mismo contexto, es obvio que Heidegger no alude a intervenir en contra de esa nueva corriente, sino más bien a favor de ella.

del 50 para la *Library of Living Philosophers* de P. A. Schilpp. Pero en una nueva edición, fuera de dicha serie, agrega el capítulo «Heidegger» donde figura lo recién narrado y la descripción de la conferencia a que aludimos al comienzo de este apartado, dictada en mayo de 1933. En esta conferencia, el señor rector —saludado y presentado como «camarada» por el presidente del movimiento estudiantil oficialista— expuso «un programa de renovación nacionalsocialista de la universidad. Exigía la total transformación de su esencia espiritual. Los profesores que aún mantenían sus cargos —decía— no son capaces, en su mayoría, de cumplir con las nuevas tareas. En diez años habrá que contar con una nueva generación de docentes más capaces. Entonces les dejaremos estos cargos. Mientras tanto pasaremos por una etapa de transición». Heidegger —sigue contando Jaspers— «habló con rencor de algunas manifestaciones de la vida universitaria, incluyendo los altos sueldos de los profesores; lo que fue saludado por un poderoso aplauso de los estudiantes y de algunos pocos profesores».

Concluida la conferencia, ambos filósofos mantuvieron aún algunas conversaciones —sería el último encuentro de Heidegger y Jaspers—. Este último no le ocultó que el discurso lo había defraudado, pues esperaba que el colega, en su función de rector, abogara más enérgicamente por la gran tradición de la universidad alemana de Goethe y de Humboldt. También le planteó la cuestión de los judíos. Aún de sobremesa en casa de Jaspers, Heidegger habló ya sin vueltas; dijo entre otras cosas, con un tono casi furioso, que había en Alemania demasiados profesores de filosofía, lo cual constituía un abuso, un grave desorden, pues bastaría «con dos o tres para toda Alemania». A la pregunta de Jaspers acerca de «cuáles habrían de ser esos dos o tres», Heidegger respondió con un rencoroso silencio. Finalmente, Jaspers manifestó su preocupación por el destino de Alemania conducida por Hitler. «¿Cómo puede gobernar Alemania un hombre tan inculto como Hitler?» —preguntó—; la respuesta de Heidegger fue: «La (*Bildung*) es por completo indiferente; pero, ¡observe usted las maravillosas manos de Hitler!»²¹.

Como habíamos dicho antes, Jaspers constata que Heidegger está tan embriagado como las masas, poseído por una suerte de histeria colectiva ante el magnetismo de la personalidad carismática en el poder. Se siente tan conmovido por ese *Rausch* que al mismo tiempo se siente culpable él mismo por ese contagio colectivo; amargamente lamenta no haber prestado más atención a Hannah Arendt —¡que fue tan amiga de Heidegger!—, quien ya le había advertido con toda claridad, un año antes de que Hitler llegara al poder, hacia dónde se dirigía fatalmente el movimiento nacionalista. Vuelve a plantearse las preguntas decisivas —todavía hoy para nosotros—: «¿Puede haber una filosofía que sea verdadera como obra, aunque su función en la facticidad del pensador sea falsa? ¿En qué relación están el pensar y la *praxis*? ¿Qué es y qué hace en realidad Heidegger?»²²

Jaspers confiesa que esas preguntas no pudieron ser respondidas. Nosotros aún giramos en torno a ellas medio siglo más tarde. Como es sabido, a la «caída» de Heidegger siguió un largo tiempo de estudio, meditación, seminarios, conferencias; pero nin-

²¹ Karl Jaspers, *Philosophische Autobiographie*, p. 102.

²² *Philosophische Autobiographie*, p. 102.

gún documento del estilo de la controvertida Carta VII de Platón, salvo el aludido de 1945 y la entrevista en *Der Spiegel* que habría de mantenerse secreta mientras viviera el filósofo. Toda referencia hecha en forma pública a la cuestión de su compromiso de 1933 —así parece pensar Heidegger— perjudicaría su misión de pensador del ser. Así, pues, la «preocupación y el desvelo por el pensar del ser» estaría *más allá del bien y del mal*. Tal es la postura de Heidegger —y entre nosotros la de sus más obsecuentes seguidores, que, más allá de su profundo pensamiento filosófico, no admiten la posibilidad de un error humano en el maestro—. Pero quizás es precisamente esta «insularización de la filosofía»²³, esta terrible desconexión entre el pensar y la vida concreta del hombre en el mundo, lo que hace a Heidegger y a algunos de sus discípulos carentes de espíritu crítico, tan vulnerables a la seducción del poder, o dicho más claramente, a la fascinación de la vida en su dimensión emocional y profunda, que ellos creen ver revelada en las manos o en la mirada del hombre carismático en el poder.

¿No habría aquí, entonces, una especie de inversión perversa del sonido de aquellos versos de Hölderlin que frecuentemente cita Heidegger: «Pero allí donde está el peligro nace también lo que salva»? En efecto, más bien parece que tanto la desgraciada aventura política del maestro como los juicios de algunos discípulos cargados por la personalidad carismática, confirmaron lo contrario: *ven como salvación precisamente aquello que pone en peligro la posibilidad de existir auténticamente en una comunidad de seres libres y responsables*, que fundamentan racionalmente sus decisiones y no las dejan en manos de ningún *Führer, Duce, Caudillo o Conductor...* No estaría de más —a pesar de los aires postmodernos que corren— volver la mirada a la modernidad que se expresa en la respuesta de Kant a la pregunta *Was ist Aufklärung?*:

¡Ten el valor de servirte de tu propio entendimiento! He aquí la divisa de la Ilustración. (...) Pero la mayoría de los hombres, a pesar de que la naturaleza los ha librado desde tiempo atrás de conducción ajena, permanecen con gusto bajo ella a lo largo de la vida, debido a la pereza y a la cobardía. Por eso es fácil a los otros erigirse en tutores... ¡Es tan cómodo ser menor de edad!²⁴.

²³ Ezequiel de Olaso, «Heidegger y la insularización», *Vuelta* 142 (sept. de 1988), pp. 53 s. Osvaldo Guariglia subraya que «lo que fundamenta filosóficamente al fascismo... es la pura decisiónalidad (Entschlossenheit) que no se rige por ningún criterio racional objetivo, sino que se hunde en la íntima experiencia de una existencia indigente, destinada a la nada», como la que describe Heidegger en *Sein und Zeit*, § 62. Cfr. Osvaldo N. Guariglia, *Ideología, Verdad y legitimación*. Buenos Aires: Sudamericana, 1986, espec. p. 63, «comentario».

²⁴ «La Ilustración consiste en el hecho por el cual el hombre sale de la minoría de edad. Él mismo es culpable de ella. La minoría de edad estriba en la capacidad de servirse del propio entendimiento, sin la dirección del otro», etc. Immanuel Kant, «Respuesta a la pregunta ¿Qué es la Ilustración?», en *Filosofía de la historia*. Trad. y notas de Emilio Estiú. Buenos Aires: Nova, 1958, p. 57.

Mario A. Presas

«...y recuerdo una brisa triste
por los olivos».

García Lorca



La sangre derramada.
163×137 cm. óleo
sobre tela